

日日

MARCO REGGIANI

NichiNichi

Japón cotidiano



LUNWERG
EDITORES

MARCO REGGIANI

NichiNichi

Japón cotidiano

Traducción de Patricia Orts

**LUNWERG**
EDITORES

ÍNDICE

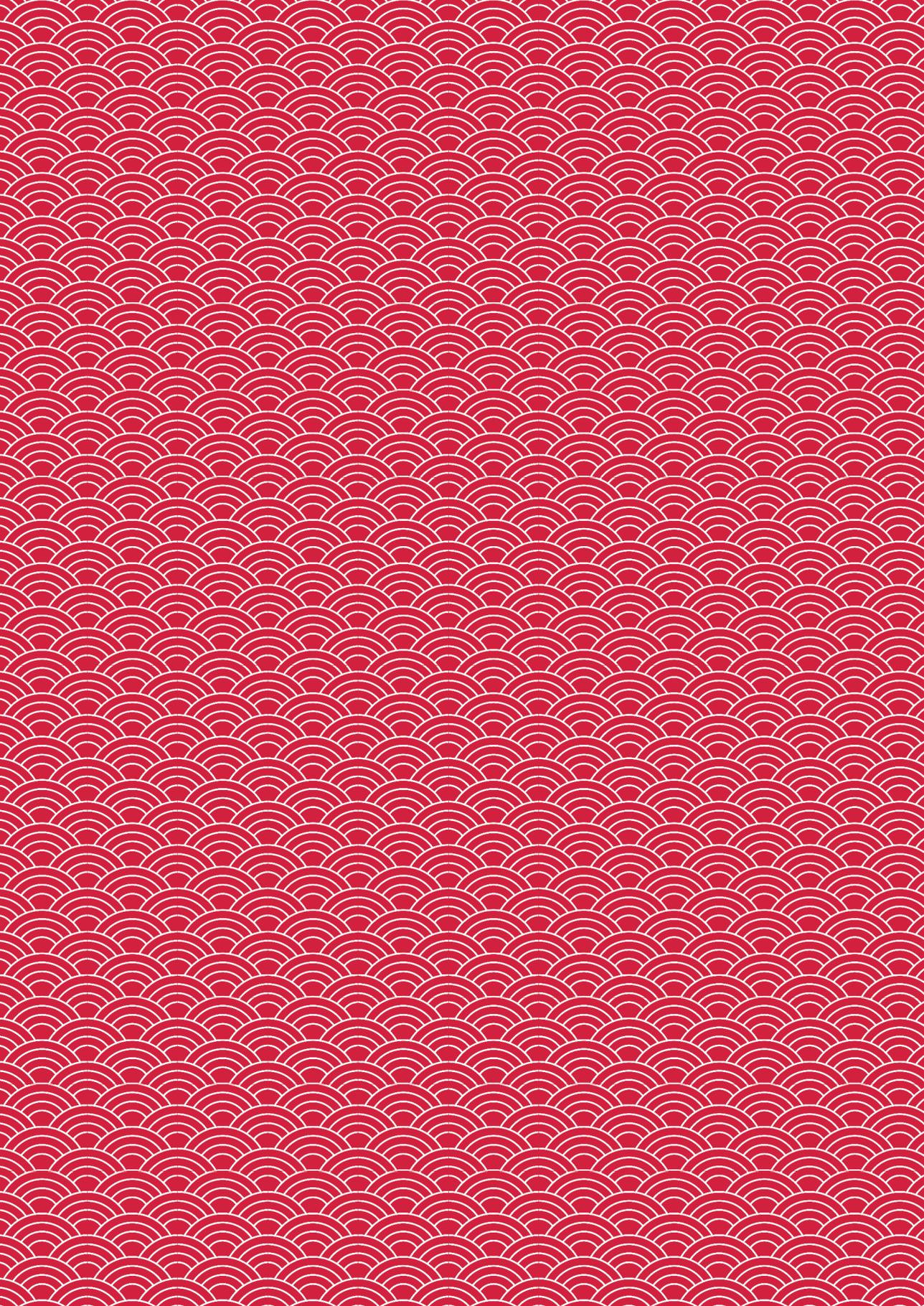
Introducción	9
1 El espacio doméstico y sentirse en casa	19
El valor del suelo	23
Alegrías y dolores del microespacio	27
Privacidad y comodidad doméstica	29
¿Minimalismo o acumulación?	33
Nuevos accesorios, nuevas costumbres	36
Entrar, salir, visitar: la etiqueta del espacio doméstico	39
Un universo de casas	41
2 Tokio, la vida en la ciudad infinita	47
Direcciones y barrios	50
Vivir en movimiento	53
En el colegio o en el trabajo	57
Interiores urbanos	60
Naturaleza y artificio	64
La noche eléctrica	67
Fragmentos de belleza	70
3 Japón: más allá de la megalópolis	73
Campo, bosques y playas: <i>satoyama</i> y <i>satoumi</i>	76
Envejecimiento y despoblación: la crisis del Japón rural	81
En busca de una vida sostenible: el desplazamiento al campo	84

Sumergirse en la naturaleza	86
Arte, creatividad y tradición: el futuro posible del Japón rural	89
4 Observar las circunstancias	95
Cuestión de identidad: <i>nihonjin</i> , <i>gaijin</i> y demás	98
Pertenenencia y círculos sociales	102
Jerarquía	105
Público y privado	109
Más allá del grupo: individualismo, independencia y soledad	111
Armonías imperfectas y desafíos de la complejidad	115
5 Perfeccionar la forma	119
Detalle y organización	123
Respetar las distancias	126
El cuidado del otro	129
Apariencia y cuidado personal	133
Forma, espíritu y práctica cotidiana	136
6 Día a día	141
El devenir de las estaciones	145
Visibilizar el tiempo	149
Abrazar la impermanencia	153
Vivir en el presente	155
<i>Conclusiones</i>	161
<i>Agradecimientos</i>	165
<i>Notas</i>	167
<i>Bibliografía</i>	173

capítulo 1

EL ESPACIO DOMÉSTICO Y SENTIRSE EN CASA





La luz del amanecer inundaba la casa japonesa. Desde el pesado futón donde había pasado la noche, el mundo parecía patas arriba. El verde contorno de unas pequeñas plantas se dejaba caer en el interior de la habitación atravesando los *shōji* acristalados y empañados de la *machiya*,⁵ y en el dorso de la mano podía sentir el delicado trenzado del tatami en el suelo. Aún era temprano y hacía un frío insólito para una mañana primaveral. Me volví a adormecer.

Cuando me desperté de nuevo, salí rodando del futón. Me vestí y, antes de nada, doblé y metí las mantas y el colchón en el interior del *oshiire*⁶ siguiendo las instrucciones de Nakamura-san, el propietario de la habitación que había alquilado.

De repente, no quedaba ni rastro de la noche que acababa de pasar y el espacio estaba dominado por los bordes del tatami, una composición floreal en el *tokonoma*,⁷ una mesita lacada —temporalmente colocada en un rincón— y la curiosa estufa que se utilizaba para calentar la habitación.

En el mismo armario donde había metido el *futón* se encontraban también varios cojines con fundas de color índigo. Cogí un par para combinarlos con la mesita. Mientras tanto, se había hecho de día y, tras abrir los *shōji* del interior, la estrecha galería anterior reveló la presen-

cia de un silloncito y de varias macetas con plantas. Reorganizada de esta forma, la habitación tenía la apariencia de una sala perfecta.

Al salir, un par de zapatillas me esperaban cuidadosamente colocadas en el umbral de la estancia. Me las puse y cerré la puerta tras de mí: el pequeño mundo doméstico parecía haberse desvanecido en la nada. Bajé la empinada escalera de madera, llegué a la planta baja y me encaminé hacia la entrada, donde me puse los zapatos, que me aguardaban allí desde la noche anterior.

Nakamura-san estaba limpiando las macetas y el banco de madera colocado al lado de la puerta principal.

—*Ara, Maruco-san. Ohayō gozaimasu! Genki desu ka?* (¡Buenos días, Marco! ¿Estás bien?)

—*Okagesama de genki desu. Ittekimasu!* (Todo bien, gracias. ¡Hasta luego!) —respondí tras hacer una leve reverencia. Con una pequeña inclinación de cabeza, Nakamura-san volvió a sus quehaceres y yo me alejé por la calle.

Puede que la habitación que he alquilado a Nakamura-san sea la más pequeña de las que he tenido en Japón. A lo largo de los años he visitado y me he alojado en casas tradicionales, pisos modernos, casas rurales y hoteles cápsula, pero en esa habitación es donde he encontrado muchos de los componentes principales del hogar nipón: una pequeña entrada, el tatami, un trastero invisible y tabiques correderos.

Además, hay un espacio vacío que puede adaptarse a los usos más diversos. Aunque no siempre estén presentes en las viviendas del país del sol naciente, estos elementos sugieren unos modos y unas formas de vivir distintos a los que se han desarrollado en Europa, que hay que observar y comprender para sentirse *en casa*.

EL VALOR DEL SUELO

Si tuviera que elegir un único elemento que simbolice y resuma el hogar japonés, sería el suelo. Su importancia se pone de manifiesto en la misma entrada de la casa, dado que hay que detenerse en ella, descalzarse y, por último, levantar un pie para superar la diferencia de altura más o menos pronunciada entre el suelo de la entrada y el del interior. Esta secuencia de gestos implica una interrupción tanto espacial como temporal entre la vivienda y el resto de la ciudad: un umbral permeable, pero bien definido. Así pues, como sugieren los ideogramas que forman la palabra *genkan*⁸ —la zona de entrada de una vivienda, de un templo, de un edificio público—, en presencia del pavimento doméstico el resto del mundo se desvanece y se accede a una nueva dimensión.

En su obra de 1986, *El orden escondido*,⁹ el arquitecto Yoshinobu Ashihara ofrece una posible explicación del origen de esta configuración. El suelo elevado de las casas niponas se habría adoptado para combatir el clima cálido y húmedo del archipiélago japonés. Separar el suelo de la tierra tenía por objeto proteger de la humedad y, al mismo tiempo, favorecer la circulación del aire por debajo de los edificios y, de esta manera, enfriarlos durante los meses de verano. Pero, según afirman otros estudiosos, en el periodo Yayoi¹⁰ existían ya prototipos de dicha tecnología de construcción, importados de la vecina Asia continental.¹¹ Sea cual sea la explicación, el uso de suelos elevados y la necesidad de preservar la limpieza de los ambientes domésticos están en el origen de la costumbre de descalzarse al entrar en una casa.

De esta forma, el *genkan* sobrevive en la actualidad incluso en los apartamentos más modernos, donde queda ya bien poco de la arquitectura vernácula japonesa.

Tras franquear el umbral, nos encontramos con el segundo elemento distintivo de la pavimentación tradicional, el **tatami**, el fino colchón de paja de arroz comprimida recubierto de hierbas trenzadas que se utiliza para cubrir los suelos de las **washitsu**, las habitaciones de estilo japonés. Si bien en sus orígenes era una prerrogativa de las clases más acomodadas, el tatami se extendió progresivamente en el periodo Edo¹² a las casas comunes. Además de ser cómodo, dadas sus medidas estandarizadas, este tapiz hace las veces de módulo espacial,¹³ en la medida en que la cantidad y la disposición de los tatamis permiten comprender las dimensiones y, en ocasiones, también las funciones de una habitación. Por poner un ejemplo: una sala pequeña destinada a la ceremonia del té suele tener una superficie de cuatro tatamis y medio. Además, la calidad de los trenzados superficiales y de los **heri**, las tiras de tejido dispuestas a lo largo del lado más ancho del colchón, adornan las estancias con notas cromáticas y táctiles y determinan su grado de elegancia.

Si hoy en día el tatami es menos frecuente que antaño, esto no significa que la atención que se presta a la pavimentación en los apartamentos modernos sea menor y, a menudo, la gama de materiales utilizados para las superficies horizontales es más sofisticada que la de los restantes elementos de la casa.

Da la sensación de que cada material tiene un lenguaje propio: los colores, las sensaciones táctiles de rugosidad y temperatura, la sonoridad e incluso los olores, que cambian en función de las estaciones.

Así pues, es como si un cambio de revestimiento marcara no solo la entrada en un área diferente de la casa, sino también el paso de una atmósfera a otra. Madera para la sala, tatami para el dormitorio, resinas



antideslizantes para el cuarto de baño y cemento para la terraza: así era el piso donde viví recientemente en Tokio.

El suelo extiende su influencia de la estructura arquitectónica a los muebles. Las habitaciones de estilo japonés —en caso de que las haya— requieren, en efecto, un mobiliario especial, con soportes redondeados para no dañar la trama de tatami y con unas dimensiones acordes con el hecho de que es normal permanecer sentados o de rodillas. La costumbre de vivir intensamente al nivel de la superficie pavimentada, capturada en unas tomas memorables por la mirada del director de cine Yasujirō Ozu, altera ligeramente las proporciones de los interiores. Además, a ella se debe la existencia de una serie de objetos que es fácil encontrar en los hogares japoneses, como los tradicionales cojines para el suelo (*zabuton*) o las sillas que solo tienen base y respaldo (*zaisu*).

Así pues, el observador atento encontrará en el suelo todo un campo semántico que transforma profundamente la experiencia del habitar. Los sentidos se reorganizan al deslizarse descalzo por el tatami o al acariciar un suelo de madera a través del fino estrato de algodón de los calcetines. El baricentro desciende y la atención se desvía de la vista a los pies. De esta manera, ir de una habitación a otra, de un suelo a otro, se convierte en una coreografía hecha de pequeños escalones y de unas sensaciones táctiles sorprendentes. Aprender a moverse, ocupar estas superficies y dialogar con ellas es esencial para sentirse en casa en una residencia nipona.

Un lugar que exige un aprendizaje, antes incluso del léxico necesario para señalar sus componentes, un nuevo modo de *estar* en el espacio.

ALEGRÍAS Y DOLORES DEL MICROESPACIO

起きて半畳寝て一畳 (*Okite hanjō, nete ichijō*)

Despierto, [necesitas] medio tatami.

Durante el sueño, un tatami [es suficiente].

Proverbio japonés

Las casas se apiñan a lo largo de las estrechas calles de las principales ciudades japonesas, a menudo separadas por no más de diez centímetros. Esta extrema densidad se debe tanto al elevadísimo número de habitantes concentrados en el denominado «corredor del Tokaido»¹⁴ como a las características del mercado inmobiliario japonés. La angostura de las calles limita aún más la altura media de los edificios, cuidadosamente regulada para no privar de luz solar a las casas vecinas. La progresiva disminución de los hogares reduce la demanda de pisos grandes. Aunque las torres y los *manshon*¹⁵ aumentan en los distritos más prestigiosos o a lo largo de las arterias principales, Tokio sigue siendo una ciudad de edificios hasta cierto punto pequeños, donde el tamaño medio de las viviendas y la disponibilidad de espacio privado per cápita son mucho menores que en ciudades similares de Europa o Estados Unidos.

Vivir en espacios reducidos no supone una novedad para los habitantes de la capital. Ya durante el periodo Edo, los artesanos, los pequeños comerciantes y los samuráis de rango inferior vivían hacinados en los *nagaya*, unos grupos de viviendas de madera adosadas con pequeñas habitaciones e instalaciones comunes.¹⁶ La falta de intimidad del *nagaya* quedaba compensada, al menos en parte, con el sentimiento de comunidad que se desarrollaba entre los habitantes, obligados a

compartir la privacidad y las tareas cotidianas. En la actualidad, en Tokio solo sobreviven unos cuantos ejemplos de esta tipología de vivienda (y casi todos datan de después de la Segunda Guerra Mundial), como en los barrios de Sumida, Taitō o Bunkyo, pero el recuerdo permanece y quizá la memoria de esos siglos de hacinamiento forzoso sea la causa de la obsesión actual por la privacidad que tienen los habitantes de la ciudad.

Debido a una afortunada coincidencia, la tradición arquitectónica nipona abunda en elementos que ayudan a ampliar y hacer versátiles hasta las estancias más reducidas. Al respecto cabe citar los *shōji* y los *fusuma*, unos tabiques móviles que hacen las veces de ventanas y paredes en las viviendas tradicionales. Los primeros son transparentes o semitransparentes, ya que son de cristal o de papel japonés, mientras que los segundos son opacos. Moviendo dichos paneles es posible transformar el espacio doméstico y establecer nuevas conexiones entre el interior y el exterior de la casa. Por ejemplo, retirando el *fusuma* entre el salón y el dormitorio se crea un espacio apropiado para celebrar una fiesta con amigos. Además, es posible contemplar el cambio de las estaciones abriendo de par en par las puertas correderas que dan al jardín. Hay *shōji* y *fusuma* de diferentes diseños y, al igual que el *tatami*, su calidad determina la impresión que producen los espacios domésticos.

Los microespacios flexibles de las casas japonesas se modelan en función de unas proporciones métricas y unos estándares específicos de diseño de interiores: las puertas y los techos suelen tener una altura ligeramente inferior a los estándares europeos, las encimeras son más bajas y en el cuarto de baño suele haber miniduchas y minilavabos. En pocas palabras, las habitaciones están diseñadas con un pragmatismo

implacable para satisfacer las necesidades diarias en la menor superficie posible.

En cualquier caso, vivir en un pequeño piso de Tokio enseña que los espacios reducidos no merman la calidad de vida. Al contrario, el hecho de tener a disposición un área inferior obliga a reconsiderar las costumbres cotidianas. La posibilidad de acumular objetos superfluos disminuye de forma drástica. De igual forma, la vida social se traslada con frecuencia fuera de la residencia, dada la carencia de espacios adecuados para recibir invitados. Así pues, la casa constituye la dimensión existencial mínima en el interior de la metrópolis, donde un visitante o un habitante que haya crecido en otro lugar debe madurar una nueva conciencia, dado que las dimensiones residenciales a las que está acostumbrado son muy diferentes. Esto constituye una forma curiosa de pertenecer a un lugar y, en ocasiones, es bastante doloroso: he perdido la cuenta de las veces que me he golpeado en la cabeza al pasar de una estancia a otra. Puede que por distracción o quizá por el despecho de un *kami* (espíritu) doméstico hacia un cuerpo fuera de escala.

PRIVACIDAD Y COMODIDAD DOMÉSTICA

La presión urbana rodea las residencias de las metrópolis japonesas y conforma sus peculiaridades. Es frecuente que las ventanas den a las fachadas laterales o a los tejados de las casas vecinas, que los sonidos y los olores atraviesen los suelos y las paredes, y que el aislamiento térmico sea escaso. Cuando se vive en una ciudad con una densidad extrema, donde la frontera entre uno mismo y los demás es difusa, es



necesario desarrollar algunas estrategias para sentirse protegido de las miradas indiscretas.

Las cortinas (en japonés *kāten*, del inglés *curtain*) son el recurso más corriente para garantizar un nivel adecuado de privacidad y están siempre corridas para proteger la intimidad de los habitantes. Debido a la relevancia de este accesorio, en Japón el mercado de cortinajes es bastante sofisticado y es posible adquirir telas de todo tipo y calidad, más o menos transparentes o con características especiales, como las cortinas de doble capa que sirven para reflejar los rayos solares y reducir la temperatura en el interior. Un tejido ligero y semitransparente permite, en cambio, resguardar la privacidad doméstica sin renunciar a la luminosidad y al panorama. En resumen, cada habitación tiene las cortinas que mejor se adaptan a las circunstancias.

En las casas unifamiliares, en cambio, los altos setos o los muros perimetrales suelen ocultar los pisos inferiores o incluso todo el edificio. Justo como ocurría en las antiguas residencias de los samuráis que aún pueden verse en algunos lugares de Japón, como Kakunodate o Chiran. Hasta en los barrios más atestados de Tokio, el verde puede utilizarse de manera creativa para expresar el carácter de los habitantes y, al mismo tiempo, proteger su intimidad. Es el caso del conocido Jardín y Casa, una residencia increíble diseñada por el arquitecto Ryūe Nishizawa, que cuenta con un jardín vertical en un edificio que se erige en una parcela diminuta, de apenas treinta y dos metros cuadrados, situada en un callejón del céntrico distrito de Chūō.

Una vez determinada la pantalla que separa la vida urbana de la doméstica, es posible proceder a hacer confortable el resto de la casa. Siguiendo la pauta de muchos japoneses, es conveniente centrarse en las condiciones «atmosféricas» del piso. Por ejemplo, el uso de purifi-

cadores y humidificadores permite disfrutar de un aire limpio y de unos niveles correctos de humedad, al mismo tiempo que el incienso japonés puede añadir fragancia y personalidad al hogar. Es esencial crear un ambiente relajante donde sea agradable respirar, sobre todo en el dormitorio, la única verdadera habitación en los pisos más pequeños. Por otra parte, en una sociedad que se caracteriza por la dedicación extrema al trabajo como la japonesa, este es el lugar donde se pasa la mayor parte del tiempo libre.

El cuarto de baño es igual de importante, dado que en él se manifiestan la atención al cuidado del cuerpo y el amor por el baño que profesan los japoneses. Así pues, no es casual que muchas casas cuenten con un pequeño cuarto separado del retrete y dotado de una bañera estrecha y profunda, el *ofuro*. En las casas tradicionales o en los *ryokan*¹⁷ son de madera, mientras que en los pisos más modernos suele estar fabricado con materiales plásticos. En cualquier caso, y al contrario que la ducha, la limpieza no es su función principal: sumergirse en el agua sirve para relajarse (¡no hay nada mejor después de una larga jornada laboral!) y antes de hacerlo hay que realizar un lavado preliminar. A fin de aumentar los beneficios de este rito doméstico, se pueden añadir sales al agua caliente o utilizar una toalla exfoliante para masajear la piel. Una vez terminado, la misma agua puede ser reutilizada por la pareja o por otros miembros de la familia.

El enfoque que adopta el confort hogareño se transforma a lo largo del año. En verano es imprescindible mitigar la humedad y el calor, además de ahuyentar a los insectos que aparecen en esa época. Si es necesario, hay que proteger del sol a las plantas del pequeño jardín doméstico y en las ventanas se puede colgar un *fūrin*, una delicada

campana de viento que suena cuando la brisa de las noches estivales la mueve. En invierno, en cambio, hay que guarecerse del frío, que puede ser especialmente intenso en las regiones septentrionales de Japón y en las más expuestas a los gélidos vientos procedentes de Asia continental. En este caso, el *kotatsu*¹⁸ es perfecto para calentarse en ausencia de una calefacción centralizada o de radiadores, tecnologías que no suelen estar presentes en las casas japonesas.

En pocas palabras, la privacidad y el confort inspiran la moderna cultura de la residencia nipona. Y si lo privado es una conquista bastante reciente para los habitantes del archipiélago,¹⁹ la atención a las sofisticadas comodidades de la vida doméstica es una tradición secular. De esta forma, descubrir los pequeños placeres que se custodian en el interior de las casas del país del sol naciente educa en unos rituales de bienestar a los que después resulta difícil renunciar.

¿MINIMALISMO O ACUMULACIÓN?

Los objetos integran la trama del habitar y para sentirse en casa es preciso organizarlos, ya sean viejos o nuevos. Las tazas y los cuencos para la cocina, unas cuantas plantas y flores para el balcón, lecturas llegadas a Japón de lugares lejanos y vestidos apropiados para cada estación. Hay que encontrar un lugar para todo.

Dadas las dimensiones reducidas de los pisos en Tokio, el espacio disponible para efectuar este ejercicio de estilo se agota muy pronto. Así pues, hay que elegir. ¿Acumular aprovechando los recovecos de la habitación o abrazar un estilo de vida más esencial eliminando los accesorios superfluos? En pocas palabras: ¿minimalismo o acumulación?

Un dilema que permite descubrir algunos aspectos destacados de la estética japonesa, además del sistema de valores que fundamenta el espacio doméstico.

Rastrear los orígenes y la evolución del ahora popular «minimalismo japonés» es una tarea difícil. Para algunos, esta tendencia está influenciada por los principios de simplicidad, limpieza y rigor del budismo zen. Una búsqueda estética que exalta el *ma*, el vacío que surge de la separación espacio-tiempo de los objetos, y el *shibui*, la refinada elegancia que genera la presencia de objetos de apariencia discreta y austera. La reciente preponderancia global de la idea del minimalismo como característica estética del archipiélago debería atribuirse a lugares como el santuario de Ise o la villa imperial de Katsura, que influyeron en la obra de arquitectos europeos y estadounidenses entre los siglos XIX y XX.²⁰ Posteriormente, en un asombroso juego de espejos, estas circunstancias han acabado influyendo en el desarrollo de la arquitectura, el diseño gráfico y las artes en el Japón moderno y contemporáneo.

Si estas dinámicas, en ocasiones contradictorias, invitan a reflexionar sobre los complejos mecanismos que definen la identidad cultural japonesa —tanto dentro como fuera del país—, el enfoque minimalista del interiorismo que distingue algunas viviendas responde, sin duda, a la necesidad de residir en unos espacios de dimensiones reducidas y de hacer frente a los elevados impuestos sobre los residuos voluminosos que, de hecho, condicionan la tendencia a comprar muebles y accesorios. En este sentido, cabe añadir que, desde hace aproximadamente una década, en Japón hay un interés creciente por los estilos de vida sostenibles, hasta el punto de que cada vez más habitantes deciden imponer en sus hogares un orden más o menos radical.

En cualquier caso, en muchas casas japonesas la realidad dista mucho de la imagen de minimalismo de otro mundo que ciertas actividades de «*branding* cultural» han impulsado con éxito a escala global. Escondidos tras unas cortinas bien cerradas hay millones de pisos donde reina una acumulación extrema. Pero sería erróneo concluir que amontonar objetos sea, en este caso, una simple manifestación de desorden o de mal gusto: como ha ilustrado con maestría Kyōichi Tsuzuki en el libro fotográfico de culto *Tokyo Style*,²¹ también en los pisos de los acumuladores más empedernidos es posible detectar una genialidad peculiar. Un cuidado que revela el deseo de crear un espacio del todo personal y quizás una mínima actitud *otaku*²² aplicada al ámbito doméstico: los seguidores de la moda archivan las colecciones de sus estilistas preferidos hasta llenar por completo su apartamento, por ejemplo; los amantes del verde se rodean de plantas curiosas, mientras que en las casas de fervientes bibliófilos hay pilas de volúmenes por todas partes (la tendencia a coleccionar libros en grandes cantidades ha sido merecedora de un término específico, *tsundoku*).

Al igual que suele ocurrir en Japón con otras antinomias, también la de minimalismo/acumulación solo es, por tanto, aparente y tiende a diluirse en la práctica cotidiana. Es más, casi parece que los dos términos tengan su origen en un mismo principio: el de la atención escrupulosa a los objetos cotidianos. Elegir y organizar con meticulosidad las circunstancias domésticas inculca una precisión estética que va más allá de la vivienda e impregna los cuerpos, los gestos y las costumbres. Un ritual que puede compararse con las limpiezas diarias que deben llevar a cabo los novicios zen y que renueva, a través del cuidado de la casa, el vínculo profundo que existe entre la persona y el mundo.